

Las batallas olvidadas suelen despertar el orgullo colectivo del territorio que acogió la beligerancia una vez se recupera su memoria. Y sobre todo cuando el paso del tiempo ofrece una visión más romantizada y convierte en elogio el papel de los soldados ante una derrota casi inevitable. Fue el caso del combate registrado a seis kilómetros de Ciudad Real los días 26 y 27 de marzo de 1809 entre el ejército napoleónico y el español.

Cuando se cumplen 213 años del enfrentamiento bélico que coyunturalmente pudo haber cambiado el avance del primer imperio francés, el historiador ciudarrealense Antonio José Martín de Consuegra quiere recordar a los caídos en aquel combate sin cuartel.

Experto en esta batalla que desde hace años ha estudiado de manera milimétrica, Martín de Consuegra reivindica su memoria con el relato del choque entre las piezas movilizadas en un tablero desigual.

El investigador ya homenajeó a las milicias locales que aquel día se batieron el cobre de manera digna en 2009 con el libro 'Napoleón en La Mancha, la Ocupación Francesa de Ciudad Real, 1809-1813', traducido al francés y al inglés, que, tras nuevas indagaciones en archivos y fuentes militares de los dos países enfrentados, está a punto de reeditar.

También ha participado, como asesor, en la recreación de la batalla que el ingeniero de minas jubilado Clemente Dorado ha levantado en una detallada maqueta, a escala 1:72.

El enfrentamiento se produjo en un emplazamiento ubicado a 6,5 kilómetros al norte de Ciudad Real, al pie de la Atalaya, entre los puentes de Nolaya y Molino del Emperador, en un enclave presidido por el entonces caudaloso Guadiana, que hizo de barrera natural para frenar de manera momentánea el avance francés hacia el sur de España.

Según el también guía del Parque Arqueológico de Alarcos, la suerte estaba echada ante el poderío del ejército napoleónico, profesionalizado y organizado en secciones de mercenarios y tiradores de élite de hasta cuatro nacionalidades (holandesa, belga, suiza y polaca), frente a las unidades españolas, con recursos armamentísticos más primarios, y una débil estrategia de movimiento en el terreno.

Las claves

En total, participaron 5.000 hombres y 2.000 caballos en una batalla cuyas claves históricas y militares, explica el historiador, fueron la contención por los artilleros españoles del empuje invasor durante 16 horas (Waterloo duró 8 horas y hubo 40.000 muertos) en los pasos sobre el río, y la silenciosa maniobra nocturna de los lanceros polacos del Vístula (apodados 'Infernos picadores'), que utilizaron el estrecho y vetusto puente de Calatrava la Vieja para cruzar y sorprender de día a los nacionales por un flanco que apenas estaban protegiendo.

La confrontación tuvo lugar en dos días muy lluviosos de la Semana Santa del segundo año de ofensiva napoleónica al territorio español. Tras ganar en Somosierra y Guadarrama, entre otros enclaves, el ejército francés "se impuso el objetivo de tomar la capital de La Mancha (actualmente Ciudad Real), por su posición estratégica, sus reservas de ce-

